

JUNTO AL ARROYO

Sacudiendo la siesta de bochor-
no canicular y a falta de las anta-
ño llamadas "imperiosas vacacio-
nes del verano", vasa uno a vacar
y a vagar por el viejo Madrid
provinciano y municipal en busca
de recuerdo engendrados de es-
peranzas. Y a descubrirlo. Porque
le fué un descubrimiento el de
aquella Plaza, hoy del Marqués de
Comillas, antes de la Paja, que se
tiende detrás de la iglesia de San
Andrés. No cree uno haberla an-
tes visto nunca, pues ¿cómo?, sino,
haberla olvidado? Y allí la Capi-
lla del Obispo, en aquel palacio
señorial, sereno, con su noble gale-
ría que atalaya la plaza que baja
en vertiente a la calle de Segovia,
cauce urbano afluyente al Manza-
nares, donde se tiende la puente
segoviana. ¡Qué bien se llamó arro-
yos a los cauces de las calles po-
pulares! ¡Y la frescura de las vo-
ces del arroyo! En el fondo bajo
de la Plaza uno de esos huertos
murados que ponen su verdor en-
tre las piedras de las calzadas.

La plaza inspiraba sosiego. Sen-
tados en unos bancos, fuera del
bullicio de las vías por donde traji-
nan tranvías y "autos"—esos "au-
tos" que suelen llevar a algunos
que, atacados de topofobia, van
huyendo de todas partes—, en aque-
llos bancos descansaban mortales
que nada esperan, y alguno acaso
cansado de tener que descansar.
En uno de los bancos una madre
joven, novicia en maternidad al
parecer, recogía en su regazo a un
niño que dormía, y la madre, in-
clinando la cabeza, dormía tam-
bién. Eran dos sueños conjugados,
y madre e hijo soñaban, de segu-
ro, lo mismo: reposo. Y las bocas
dormidas sonreían en sueños.



1.5.2/406



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

Junto al arroyo, 2

De la Plaza de la Paja entróse uno en la del Alamillo, más que plaza un callejón sin salida, enteramente lugareño. Unos arbolitos entecos. En medio de la plazuela cerrada jugaban a las cartas—una baraja mugrienta—dos lugareños. Y otros seguían, como mirones, el juego. Y ninguno de ellos pareció conocerle a uno, ¡gracias a Dios Padre! ¿Popularidad? Bah, lo apetecible es pueblería, no piebeyez. Poder mejerse a la muchedumbre, al pueblo, como uno de tantos, como un pueblera más, desconocido y sin nombre. Sin ese nombre que suele pesar tanto. Tanto como uno se pesa.

En aquella Plaza del Alamillo, sin más salida que la entrada, se le vino a uno a las mientes lo de: “en un lugar de la Mancha...”, y al hilo del ensueño lo que habría sido la infancia de Alonso Quijano el Bueno, esa infancia que es el misterio de la quijotería española. ¿No es Madrid un lugar? Se le siente cuando a la hora del alba se ve cruzar un rebaño de ovejas por ese cordel de la mesta que es el Paseo de la Castellana. Que todo eso no es la Puerta del Sol con su reló gubernativo—y gubernamental—que da las horas oficiales. En el callejón cerrado del Alamillo las horas no dan, sino que se deslizan. ¡Aquel reló de la torre de la iglesia de Urrufia, en tierra vascofrancesa fronteriza, con su letrero de “Omnes feriunt, ultima necat”; ¡todas hieren, la última mata! Recuerdo que le llevó a uno a recordar las tardes estivales del destierro de París, cuando se iba a cocer soledades en aquella placita de los Estados Unidos, junto a la pensión de paso, o a estrujar dulzor de recuerdos lejanos—; Plaza Mayor de Salamanca!— en aquella Plaza de los Vosgos, sin “autos” ni tranvías, para nietos y abuelos, donde murió el abuelo Víctor Hugo.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

Se baja de la Plaza de la Paja, se cruza el arroyo—seco—callejero de Segovia, y al subir a la de la Cruz Verde, otro descubrimiento: aquella fuente mural y modestamente monumental rematada en dos delfines, que escoltan a una matrona mítica cualquiera y con una lápida de que se han arrancado las letras que le hacían decir cualquier cosa, como si no bastase lo que el agua al correr, cuando corra, diga. Y allí, al lado, la calle de la Villa, no de la Corte, villa de nobles villanos, villa provinciana, de provincia capital vencida por España y a España entregada y de corazón rendida.

Salióse uno luego a la calle mayor, arteria que fué entre la Villa y la Corte, y por esa calle fluye caudal del pueblo. Gente que baja hacia la puesta del sol—desde la Puerta del Sol—a refrescarse la vista con el verdor de la Casa de Campo, y entre esa gente, parejitas atortoladas. Y le refrescan a uno la vista ellas, las muchachitas, en atavío veraniego y ligerito, y hace que al cruzarlas se sienta el ritmo de su respiración y el vaho tibio de su transpiración. Tibio pero a la vez, por íntimo y paradójico contraste, fresco, con frescor de rocío mañanero. Que también el



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

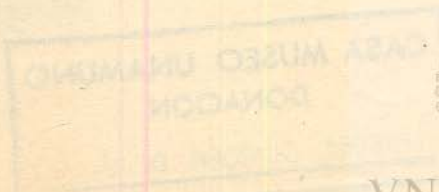
Junta el arroyo, 4.

¡Ay, tan popular y tan pueblera, tan fresca al sol. Un hábito de alegría contenida y dulce, de contento de vivir mocedad. Y un aire de bienestar que no se sentía antaño. Y es que el tenor de vida de los bajos, de los humildes, se ha alzado mientras ha ido bajando el tren de vida de los altos, de los altaneros.

¡Ay, aquellos años de las melancolias estudiantiles de uno, hace medio siglo—en la llamada Restauración—, en este Madrid que ya uno, en la puesta de su vida, empieza a descubrir! Fuera de los bulevares y su bullicio mecánico y de esas grandes vías americanizadas, en viejas plazuelas provincianas y municipales, lugareñas, va uno espiando miradas de niños —¡cosas de abuelo!— por si columbra en ellas algo del misterio quijotesco de Alonso Quijano el Bueno, el del lugar de la Mancha. Y el otro mayor misterio: el de la niñez de Don Quijote, como tal Don Quijote, que también la tuvo. Y piensa uno si el pastor que conduce su rebaño por la cañada de la mesta que es el Paseo de la Castellana, al rayar el alba de Castilla, no descenderá en linaje de aquellos cabreros que oyeron encantados al caballero.

Yendo por las calles y callejas, junto a lo que se llama el arroyo, para sentir en pueblaría, ibase uno tramando, lápiz en mano, notas para este comentario. Dios se lo pague al pueblo municipal.

[“El Sol”. Madrid, 31 julio 1932]



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S